

## ***¡En la ruta de la construcción del socialismo! Discurso de Trotsky a las secciones femeninas***

**León Trotsky  
8 de diciembre de 1920**

(Versión al castellano desde [Sur la route de la construction du socialisme! Un discours de Trotsky aux sections féminines](#), [Marxists Internet Archive – section française – Léon Trotsky – Les oeuvres](#))

Camaradas,

Tras un período de encarnizada lucha en múltiples frentes entramos ahora en una época de creación económica. El último año ya nos vimos en una situación análoga. El último invierno también tuvimos la esperanza de poder librarnos a una labor pacífica: pero nuestras esperanzas no estaban justificadas. Tras una calma nos vimos obligados a sostener una gran guerra contra Polonia, después la cuestión de Wrangel, inflándose cada vez más, se convirtió en un asunto de importancia internacional. Francia reconoció a Wrangel y Crimea se convirtió en una plaza de armas, es decir en el lugar de concentración de todas las fuerzas armadas y de todos los recursos militares hostiles a la Rusia soviética. He ahí por qué el actual año, en lugar de haber tenido un año de trabajo económico y de renacimiento material del país, se ha caracterizado por una intensa lucha contra el enemigo y, en consecuencia, en un persistente empobrecimiento de la Rusia soviética tanto en recursos como en fuerzas.

Hoy en día somos más pobres de lo que lo éramos hace ahora un año, hace dos años y hace tres años, es decir que de forma general poseemos menos riquezas materiales: se han gastado día a día en el curso de la encarnizada guerra civil. Pero al mismo tiempo nos hemos enriquecido con la experiencia. Sabemos la cuenta de lo que poseemos, sabemos repartir y distribuir lo que tenemos mejor de lo que lo sabíamos hace uno y tres años. Durante el trabajo militar, que por la fuerza de las cosas ha sido la principal labor de la república soviética, el poder de los soviets (y el partido comunista que se su alma) han adquirido una enorme suma de nuevos conocimientos, han adquirido el arte de trabajar, el arte de actuar como hombres de estado, arte que anteriormente no poseían. Una enorme cantidad de militantes enviados desde las fábricas y sindicatos a todos nuestros frentes han adquirido allí la experiencia que antes no tenían. Han sido puestos a la cabeza de millares, de decenas e incluso de centenares de millares de obreros y campesinos. Los han provisionado y transportado, han cuidado de su moral, de su instrucción y formación, han respondido a todas sus preguntas y así han adquirido el hábito de conducir a grandes masas obreras y campesinas bajo las más difíciles condiciones que jamás se puedan presentar.

No hay que olvidar que en todos los frentes, y en general en el ejército, se encuentran hoy en día alrededor de la mitad de nuestro partido comunista; el partido se ha separado en dos: unos trabajan en los servicios civiles y otros en los servicios militares. Ha llegado el momento en el que, si no nos equivocamos en nuestras expectativas, vamos a tener la posibilidad de retirar del ejército a un gran número de comunistas que llevaremos a los otros frentes. Pero ante todo permitidme hablar del destino futuro de nuestro ejército pues ello no puede dejar de interesaros.

Sabéis que los efectivos de nuestro ejército se cifran en millones, y no ignoráis que ese ejército tiene un peso enorme en todo el país: si los obreros y obreras carecen de alimento, vestimenta y calzado, es porque hay que servir ante todo al ejército. Ello no quiere decir, desafortunadamente, que nuestro ejército siempre esté alimentado, vestido y calzado tan bien como sería deseable, pero el primer par de botas, como la primera porción de pan, se envían, como es de justicia, a los soldados que vierten su sangre en el puesto más difícil, el más peligroso y esencial. Hoy en día las autoridades militares, bajo la dirección del Comité Central del partido, se han propuesto como meta reducir en los meses venideros los efectivos de nuestro ejército a casi la mitad, exactamente en dos quintas partes. Ello no significa en absoluto que tengamos la intención de debilitar el poderío militar de nuestro ejército. Sabéis cómo nació y se desarrolló ese poderío. Toda su historia se ha visto condicionada por las necesidades de la defensa. En primer lugar no construimos nuestro ejército para hacer la guerra después con él. No. Cuando se declaraba un enemigo en el Este, nosotros formábamos un frente Este, en el Volga, en los Urales, nuestro ejército se batía y se adentraba más lejos hacia el Este. Cuando se declaraba un enemigo en el Sur o en Suroeste, constituíamos allí otros frentes, enviando desde el centro los recursos y fuerzas necesarios. Pero como siempre teníamos uno o dos frentes, y más a menudo aún cuatro frentes a la vez, en el Este, en el Oeste, en el Norte y en Sur, todo ello hizo nacer un ejército numéricamente colosal, como era necesario teniendo en cuenta las enormes distancias de nuestro país y los múltiples enemigos que nos atacaban.

Ahora hemos destrozado a nuestro último adversario serio, al contrarrevolucionario Wrangel; en consecuencia ha llegado el momento del respiro, podemos reconstruir nuestro ejército de forma sistemática y regular, reforzando o suprimiendo determinados estados mayores o servicios en la retaguardia y aumentando a cambio el número de bayonetas. Si disminuimos nuestro ejército a la mitad de ello no se deduce de ningún modo que disminuyamos en la misma cantidad la cifra de bayonetas y sables. Nos limitamos a desmontar el andamiaje que sirvió en el momento de la construcción. Disminuiremos y reduciremos los servicios de retaguardia y con ello liberaremos el número máximo de raciones, vestidos y zapatos que ofreceremos a los obreros y obreras. He ahí el objetivo que se proponen las autoridades militares y el Comité Central del partido y en el que desde ahora mismo trabajamos para realizarlo. Si preguntáis si podemos tener ahora la completa y absoluta certeza de que no tendremos ya guerra que sostener durante los próximos meses, y si podremos ciertamente poner una gran cantidad de raciones y vestidos a disposición de los trabajadores, personalmente no estoy en condiciones de ofrecer semejante garantía por entero y de forma absoluta pues la cuestión de la guerra y la paz no dependen solamente de nosotros. El Comité Central ha tomado la decisión de mantener su política de paz a toda costa, haciendo grandes y serias concesiones para ello, solamente considerando la situación en su conjunto, el agotamiento interno del país y el aplastamiento de nuestros enemigos. Las “concesiones” propiamente dichas forman parte de ese plan. En resumidas cuentas nos es ventajoso abandonar a los capitalistas extranjeros tal o tal otra fracción de nuestro territorio en regiones que ahora nos son inaccesibles por toda una serie de razones económicas y militares, como por ejemplo en Kamchatka, destinada a mantenerse fuera de nuestro alcance durante mucho tiempo todavía. En nuestras provincias septentrionales tenemos riquezas colosales, bosques de tales extensiones que su producto anual bastaría para calentar a toda Rusia; pero a causa de la distancia y de la falta de mano de obra, los árboles se pudren allí mismo. Sacamos provecho en alquilar esas riquezas forestales, bajo determinadas condiciones, a capitalistas de Europa y América que, en lugar de acometernos con las armas en la mano y de realizar

desembarcos armados como cuando ocuparon Arjanguelsk, no piden más que establecer con nosotros acuerdos económicos. Todavía somos demasiado débiles para utilizar nuestras riquezas septentrionales. Alquilamos una parte de ellas al capital europeo y, al mismo tiempo, recibimos a cambio serrerías y railes para nuestro país comunista. Las concesiones representan para nosotros una indiscutible ventaja económica porque somos demasiado jóvenes para explotar todas nuestras riquezas nacionales, y, además, son una seria garantía de nuestra política de paz. Al darle Kamchatka al capital estadounidense defendemos Kamchatka frente a una intrusión armada del militarismo japonés, y este último, por su parte, vigilará celosamente para que el capital estadounidense no importe allí, además de sus máquinas, armas para apoderarse de Kamchatka; y, finalmente, Kamchatka seguirá siendo parte de la Rusia soviética. Con el desarrollo de la revolución proletaria en América y Europa (y se producirá, si no en los meses venideros sí en los próximos años), cuando el régimen capitalista se hunda, recibiremos en herencia de la sociedad burguesa difunta un precioso material técnico.

Nuestro objetivo fundamental es, pues, defender la paz como garantía para nuestro trabajo pacífico y el renacimiento económico de nuestro país. Eso concierne al frente Oeste. Ioffé está a punto de firmar con los polacos una paz que nos cuesta grandes sacrificios, que algunos piensan que son excesivos. En el sur hemos alcanzado nuestras fronteras naturales, tocamos el Mar Negro y el Mar de Azov, y esperamos que ni Francia ni Inglaterra encuentren fuerzas frescas para lanzar cuerpos de desembarco contra nosotros. El único lugar que supone una amenaza es el Cáucaso con la Georgia y la Armenia mencheviques donde domina el partido de los dachnaks, que habrían sido derrocados y reemplazados por el poder de los soviets si creemos las informaciones recibidas. Pero el Cáucaso, con Georgia, Armenia y Turquía, donde los kemalistas combaten a la Entente, es un dominio en el que las fronteras siguen siendo aún inestables, y donde prosigue una dura lucha. El equilibrio tambaleante puede romperse allí y podemos vernos arrastrados a una guerra contra nuestra voluntad. He ahí porque digo que en ningún caso podemos creer que tenemos asegurada una paz perfecta en todos los frentes. Para el año que comienza, o puede que para el próximo semestre, solamente se puede decir una cosa: hay que hacer saber a las masas que tenemos la posibilidad de dedicarnos a una seria labor económica. Hay que darles a conocer la decisión que ha tomado el Comité Central y el gobierno para evitar cualquier conflicto con nuestros vecinos, sean proletarios o soviéticos como en Azerbaiyán u hostiles como la enorme mayoría, y ofrecerles todas las garantías diplomáticas y militares a fin de mantener relaciones pacíficas basadas en tratados sólidos e implantar con ellos intercambios económicos.

Tras once meses de reflexión, el gobierno inglés nos ha remitido un proyecto de tratado de paz, es muy posible que ese proyecto sólo sea una astucia diplomática o una maniobra destinada a engañar a las masas obreras inglesas. Pero también es posible lo contrario.

Y así, camaradas, resumiendo esta introducción, repito que hay muchos hechos y circunstancias que nos llevan a creer que entramos en un período económico. Por otra parte, hay hechos alarmantes que no excluyen la posibilidad sino que, por el contrario, nos hacen admitir cierta verisimilitud de complicaciones militares. Por ello no podemos desarmarnos, pero debemos reducir nuestro ejército en la medida de lo posible, puede que en la mitad, puede que más tarde en dos tercios, mejorándolo al mismo tiempo y haciéndolo cada vez más consciente. Estas son las principales condiciones de nuestra victoria.

La potencia de nuestra artillería no es en absoluto la que pretende Wrangel y Krovicheine. Nuestra artillería no es mala pero nuestra infantería está lejos de valer. La

toma de Perekop se la debemos menos al arte de nuestra caballería y nuestra infantería que a sus procedimientos heroicos y a su entusiasmo. Estas son cosas que provienen solamente de una moral elevada. Ha ahí lo que nos falta obtener en el nuevo período. En la medida en que las unidades de nuestros frentes entrarán en la vida civil, en la medida en que se aproximarán a la población de la retaguardia, obreros y obreras, mujeres comunistas podrán también entrar con más facilidad en el ejército, participar en la acción política práctica que prosigue en él, tener en cuenta su vida interna y ejercer en ella su bienhechora influencia.

Durante el respiro que nos permitirá llevar a numerosas unidades a implementar el trabajo pacífico es necesaria una estrecha relación entre esas unidades y la población obrera. Esas relaciones tendrán la más feliz influencia sobre unos y otros, pues, por una parte, los obreros y obreras están descontentos porque el ejército toma demasiado (un ejército siempre es en realidad un monstruo que devora) y, por otra parte, los soldados están suficientemente amargados contra la retaguardia pues las privaciones se sienten más dolorosamente en los campos de batalla que en el interior.

Si se produce lo que esperamos entraremos en una época que nos obligará a dirigir toda nuestra atención, energía, fuerzas, recursos y entusiasmo, al terreno del trabajo positivo económico. Esto nunca nos había ocurrido en tan vasta escala. En el dominio económico hemos creado un marco. Pero en lo concerniente a la misma producción, a saber arrancarle a la naturaleza todo lo que necesitamos, carbón, minerales, o bien a transformar esos materiales en metales, cambiar el algodón en tejido, etc..., todavía hemos hecho demasiado poco. Toda esta actividad que es la condición de toda vida moral de la humanidad está aún hundida en un escalofriante marasmo. Todo el trabajo económico que hemos hecho hasta el presente, y que en determinados dominios al servicio de la guerra ha sido pasablemente enérgico, resultaba de la existencia y el valor combativo de nuestro ejército. Solamente ahora abordamos un problema nuevo e infinitamente más profundo: despojar a la naturaleza, que es mucho más rica que nosotros, para enriquecer a la nueva sociedad soviética en construcción.

La diferencia entre el proletariado y la pequeña burguesía radica en que el primero, incluso cuando lucha para satisfacer sus necesidades elementales, tiene la conciencia de no poder lograrlo más que uniendo su esfuerzo con los de toda la colectividad. La burguesía, por el contrario, mira por su enriquecimiento personal, corre tras una ración más grande para su propia persona. En la lucha colectiva nuestro proletariado ha desarrollado las más altas cualidades de dedicación pero a esa dedicación le debe corresponder, finalmente, una compensación material. Así, tenemos que asegurarle a su familia las mejores condiciones de existencia. Tenemos que mostrarle a las masas trabajadoras de Rusia, sin olvidar a las menos educadas, que el nuevo régimen que han conquistado, y que sostienen al precio de esfuerzos y sacrificios enormes, tras estas privaciones y sacrificios es capaz de asegurarles el máximo bienestar económico. He ahí la prueba que tenemos que enfrentar ahora. He ahí el problema que debemos resolver a cualquier precio. Ciertamente que nos enfrentamos a toda una masa de dificultades, o más bien se puede decir que ese problema económico fundamental se divide en una serie de problemas parciales. Entre ellos se encuentra, por ejemplo, la cuestión de nuestras administraciones económicas. Como sabéis éstas son nuestros comisariados, nuestras oficinas centrales, el Consejo Superior de Economía Nacional. Tomemos por ejemplo el carbón; cada mina está ligada a la oficina central que le corresponde en Moscú. Tomemos la industria textil; cada bala de algodón está ligada por un hilo a la Oficina Central del Textil. Esas oficinas centrales se cuentan por decenas. Cada uno de nosotros comprende la razón de ser de toda esta organización. Para tener tejidos hay que tener algodón, máquinas, carbón, mano de obra. ¿Quién

reparte la mano de obra? (el Comisariado del Trabajo que, concertadamente con el Consejo Panruso de los Sindicatos, moviliza a los obreros necesarios). ¿Quién preside el combustible? (La Oficina Central de Combustibles, que reparte gasolina, carbón, esquisto, turba y leña, entre todos los servicios y todas las empresas). Antes de todo eso hay una serie de oficinas centrales que presiden la obtención de cada una de esas especies de combustible.

Repito que así tenemos toda una serie de oficinas centrales que cada una de ellas cumplen una función económica determinada. Pero cada fábrica necesita de todo a la vez. Para que trabaje una fábrica textil debe tener carbón, algodón, obreros; esos obreros deben tener alimentos, vestido, calzado; por fin hacen falta medios de transporte. Es necesario que exista entre todas esas oficinas centrales una relación estrecha, no solamente en la cúspide sino en la base, en todas las provincias, para que esas fábricas textiles reciban carbón por la vía más breve, productos alimenticios de los depósitos más cercanos, etc. Eso es fácil de decir. Pero incluso en una pequeña explotación de 500 hectáreas, por ejemplo, que contenga diversas ramas de la industria agrícola, hay que establecer determinadas proporciones. Con mucha más razón, cuando se trata de la explotación colosal, inmensa y devastada de nuestro país, es una tarea de una extrema dificultad hacer que las diversas oficinas centrales estén relacionadas entre ellas, que se nutran unas a otras, que haya una exacta proporción entre los materiales suministrados por cada una de cara a un objetivo determinado: esto es lo que se le impone ahora al poder de los soviets. El Consejo de Comisarios del Pueblo trabajó para levantar un plan de concordancia entre todos nuestros órganos económicos centrales.

En el espacio de dos o tres meses no podemos esperar obtener una regularidad tan perfecta como la de un mecanismo de relojería. Todavía tendremos que dirigirles muchos reproches a nuestras oficinas centrales por su falta de ligazón. Pero a pesar de ello tenemos que recordar que la tarea es de una dificultad excepcional y que ningún pueblo, ninguna clase, ningún partido, ha tratado jamás de resolverla. Todavía no ha construido nadie un aparato económico centralizado en un país colosal, pobre en vías de comunicación, que posee una masa campesina atrasada y una importante suma de elementos atrasados entre los obreros y obreras. Bajo esas condiciones, para realizar ese plan de centralización económica, necesitamos una larga sucesión de años, pero en el mismo curso de ese plazo devendremos progresivamente más ricos. Y cuanto más ricos seamos más fácil será coordinar entre ellas a las diversas ramas económicas.

Solo escuchamos ataques contra la burocracia de las oficinas centrales, y más aún en las provincias, sobre todo por parte de aquellas que tiene que resolver cuestiones económicas y alimentar a los obreros y obreras. Una consigna de las más repetidas a menudo es que hay que suprimir el burocratismo, sobre todo en el dominio económico. Tengo que decir que en esta cuestión a menudo nos pasamos de la raya, porque no nos damos cuenta de dónde comienza el burocratismo y dónde acaba la simple carencia de materias. Cuando una provincia no recibe la cantidad de tejidos, o clavos, o vidrio, necesario para sus empresas y su población, incluso nuestros militantes del partido declaran: “quienes no dan nada son nuestros burócratas del centro, nuestras oficinas centrales”.

Pero ese descontento que reina en nuestro partido y en todos nuestros órganos soviéticos y profesionales sólo es un fenómeno superficial: no puede tener ninguna significación seria. Lo más grave es el hecho real que existe más en el fondo, entre los obreros y obreras, los campesinos y campesinas. Allí el descontento es natural y legítimo pues surge de la pobreza y miseria que son incontestables. Este descontento puede expresarse de forma diferente, puede suscitar vivas protestas espontáneas, incluso huelgas en las fábricas que contienen a los elementos más retardatarios de la clase

obrero. Y cuando descargamos todo el mal sobre la burocracia nos arriesgamos a hacer penetrar lamentables prejuicios en las masas atrasadas que sufren el hambre y el frío y que se representan no sé qué monstruo llamado burocracia que se agazapa en el centro, que tiene entre sus manos todos los bienes materiales y se los niega a las masas. La gente se pone a pensar en ese monstruo como en un enemigo de la clase obrera, igualmente que antes pensaba en el capitalista que le robaba, que se enriquecía con su sudor y que le negaba los recursos necesarios para la satisfacción de sus necesidades.

Repito pues que al criticar a la burocracia soviética sobrepasamos a menudo el objetivo y, por el contrario, nos olvidamos del hecho esencial, a saber: que si el obrero y la obrera no reciben lo que les hace falta, si las madres de familia no pueden resolver las necesidades más elementales de sus hijos, eso se explica puede ser en una centésima parte por nuestros errores de organización, que no negamos en absoluto, pero en el 99/100 se explica por nuestra pobreza, por la falta de carbón, de algodón y tejidos, por la falta de producción de nuestros cultivos, por la ausencia casi completa de material agrícola. He ahí la base muy simple de toda nuestra propaganda económica.

Anteriormente, bajo el capitalismo, cuando un agitador iba a una fábrica o a un mitin, denunciaba la miseria de las masas trabajadoras, por una parte, y el lujo y riquezas de la burguesía, por la otra.

Esa forma de proceder venía dictada entonces por el verdadero interés de la clase obrera. Pero en muchos casos se ha conservado todavía entre nosotros hoy en día, incluso entre determinados militantes sindicales. Les parece que todavía defienden con ello los intereses de la masa y que luchan contra un enemigo exterior: la burocracia. A consecuencia de ello las masas más atrasadas se figuran que la burocracia es, por así decirlo, otro nombre del poder de los soviets. En su conciencia, la burocracia y el poder de los soviets llegan a ser un todo. Ese fenómeno se ha observado muchas veces en los medios obreros menos educados, por no hablar de las aldeas alejadas.

¿En qué consiste la misión de los sindicatos bajo el capitalismo? En arrancar de las riquezas nacionales existentes la mayor parte posible a favor de los obreros y dejar la menor parte posible para el capitalista, el estado burgués y el ejército burgués. ¿En qué consiste hoy en día esta misión? Si el sindicato se esfuerza en arrancar lo más posible para él ya no entra en conflicto con el capitalista sino con el sindicato cercano. El objetivo de los sindicatos y de todas las organizaciones es ahora aumentar la suma total de productos, fabricar más intensamente y crear más riquezas materiales. Si antes le decíamos al obrero: para satisfacer tus necesidades es necesario hacer huelga contra el capital; hoy en día debemos decirle: no solamente ya no hay que luchar contra no sé qué burocracia aislada y exterior sino que hay que obtener la mejor organización posible de la producción, hay que aumentar el rendimiento del trabajo, hay que multiplicar las riquezas materiales.

Esta es una idea simple pero debe estar en la base de toda la propaganda económica y de toda organización obrera. Necesitamos penetrar profundamente entre los elementos más retardatarios de la clase obrera e interesarles en la producción nacional, en su organización racional, en la cantidad de bienes económicos que debemos producir. Hasta ahora no hemos hecho nada en ese sentido. El problema, pues, se nos plantea a nosotros y debemos resolverlo a cualquier precio.

En determinadas épocas de nuestra vida política hemos logrado arrastrar a la lucha revolucionaria a millones de obreros y campesinos. Por ejemplo en octubre, durante la defensa de nuestros frentes. Una corriente eléctrica pareció penetrar entonces incluso en las masas atrasadas. Ahora, ante todo debemos esforzarnos en lograr inflamar de entusiasmo internamente para su tarea económica a esas mismas masas de obreros y campesinos, de obreras y campesinas, puesto que la vanguardia de la clase obrera ya se

habitúa a reclamar resultados tangibles. No se puede obtener el éxito más que gracias a una organización juiciosa de toda la vida económica en cada uno de esos pequeños rincones, en cada fábrica y cada taller.

Las decisiones de orden económico tienen que ser aceptadas y comprendidas por la conciencia de las masas. Es este uno de los objetivos esenciales de la propaganda económica, que cada orden, que cada plan, sea verificado por la masas, que las asambleas obreras estén al corriente del programa de su empresa para todo el año, para el semestre o, incluso, para la semana que viene, que los obreros puedan comprender, hacer sus observaciones, examinar el papel de su fábrica, el lugar que ésta ocupa en la vida económica del país, la parte que aportará al bienestar general de las masas si ejecuta íntegramente su obra.

Al mismo tiempo, los obreros deben entender que necesitan ejecutar ese plan a toda costa, a pesar de todas las privaciones, sacrificios y condiciones desfavorables. Este es el plan imperioso de la clase obrera de Rusia para salvar a las masas trabajadoras. En tanto que el pasado no está todavía enteramente abolido estamos sin recursos contra los vagos y desertores del trabajo, pero con nuestra propaganda podemos influir en todos los trabajadores en esta esfera de ideas: el trabajo y la conciencia del aumento necesario de la producción.

Ya he dicho que no lograremos nada con palabras abstractas. Nuestra acción debe apoyarse en la misma marcha del trabajo y en las sucesivas mejoras obtenidas. Las únicas mejoras que se han logrado hasta el presente a favor de los obreros ha sido la utilización de las casas burguesas para hacer con ellas guarderías y otros establecimientos. Estos resultados son demasiado modestos. Pero si nosotros mismos construimos, basándonos en los planes de uno de nuestros arquitectos soviéticos, una gran casa para instalar en ella a cincuenta familias obreras, y no con cincuenta cocinas aisladas sino con una cocina central, si confiamos esa cocina al control de la mejor ama de casa, si tras eso construimos una segunda casa admirablemente adaptada para ser guardería infantil, ese hecho tendrá una profunda repercusión en la conciencia de los obreros más retardatarios y más ignorantes, en la conciencia de todas las madres. He ahí lo que todavía no hemos hecho porque toda nuestra energía se gastaba en los frentes. Si volvemos a reunir de nuevo toda esa energía que se ha perdido durante tres años en los campos de batalla, podremos demoler toda Moscú y construir una nueva Moscú obrera, más grande y bella, basándonos en los planes de nuestra arquitectura soviética. Si se nos ofrece la posibilidad, a partir de la próxima primavera escogeremos el más innoble rincón de Moscú, lo despejaremos completamente y construiremos allí una, dos o tres grandes casas, una para los talleres, otra para las guarderías y la tercera para apartamentos. Y cuando las masas obreras vean que el poder de los soviets es capaz de realizar semejante obra, el entusiasmo será más grande aún que en noviembre de 1917 en las barricadas. La clase obrera dirá: bajo la dirección del poder soviético tenemos fuerza para transformar toda nuestra existencia y cambiarla por un inmenso y espacioso palacio del trabajo.

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: [www.grupgerminal.org](http://www.grupgerminal.org)  
Para contactar con nosotros: [germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)